

ALEJANDRO SABIDO SÁNCHEZ-JUÁREZ,
MUSEÓLOGO

“El museo siempre es un recordatorio”

Los museos coleccionan historias y transmiten la memoria de las comunidades en las que vivimos, dando a sus visitantes la oportunidad de descubrir y redescubrir el pasado individual y colectivo. Para darnos una idea de cómo la museología apoya esta misión conversamos con el museólogo Alejandro Sabido Sánchez-Juárez, actual jefe de Planeación Museológica de la Subdirección de Museología de la Coordinación Nacional de Museos y Exposiciones del INAH.

POR SANDRA MARTÍNEZ DÍAZ*

“En el museo podemos encontrar “eso” que puede ser demasiado humano, donde algo que ocurre en Birmania o que pudo haber ocurrido en Mesopotamia puede tener una vinculación con mi vida contemporánea, mi vida actual.

En el 2011 el ICOM eligió como concepto representativo el lema “Museo y memoria”; a propósito de ello, ¿cuál es el papel del museo como parte de la memoria colectiva?

Hay una frase –me parece que la escribe J. D. Salinger en *El guardián entre el centeno* (*The Catcher in the Rye*)– que dice más o menos: “A mí me encanta el museo porque cada vez que voy todo sigue igual”. El museo es una suerte de anclaje de la realidad a partir de una serie de objetos que se prestan para recuperar aquello que fue o aquello que puede ser. Más allá de su parte histórica, antropológica, etnográfica o artística, ese espacio nos permite cuestionar los fundamentos mismos de nuestra realidad a partir de la disposición de otras realidades, de otras construcciones del mundo, de otras formas de relación con la naturaleza, de otras

formas de tejido social, de otras formas de gozo, placer, dolor.

Asimismo se vuelve memoria porque, en términos generales, en el museo podemos encontrar “eso” que puede ser demasiado humano –donde algo que ocurre en Birmania o que pudo haber ocurrido en Mesopotamia puede tener una vinculación con mi vida contemporánea, mi vida actual–. Si podemos encontrar ese espacio en común, podemos apelar no sólo a la memoria-identidad sino además a la memoria colectiva.

Por lo demás, también hablamos de un lugar que ayuda a dar vida a una serie de conceptos que no están en el discurso –sea porque no están de moda o porque no son visibles–. Es un sitio fantástico para poder visibilizar aquello que en el trájín cotidiano o en las categorías mediáticas aparece silenciado, invisible. De tal manera, el museo siempre es un recordatorio.



Alejandro Sabido en una jornada laboral dentro de la Coordinación Nacional de Museos y Exposiciones. Fotografía: Sandra Martínez



“

¿Bajo qué parámetros el museo se concibe como una institución? Bajo aquellos que lo ubican como una misión instrumentalizante que conduce al espectáculo y al mercado, a la idea de educación estatal, a la construcción de identidades en función de órdenes políticos, económicos, sociales, hegemónicos.”

Reconociendo al museo como parte de la colectividad, ¿por qué debería ser visitado?

Nadie tiene porqué ir a un museo; ni es una obligación ni tampoco ocupa el lugar en la sociedad que muchas veces le asignamos como el centro (la caja de los tesoros). Eso sí, es una muy buena opción –aunque no la única– para otorgarnos la posibilidad de contrastar y enriquecer una serie de objetos del mundo real con una serie de discursos. Rara vez podemos tener esa posibilidad tangible. Si recurrimos al pasado, el famoso debate entre Quatremère y Hegel tenía que ver con ello: con el objeto en sí mismo, con el objeto alienado, con el discurso que devora al objeto; hablamos de la posibilidad de trascender los accidentes del objeto para acceder a su esencia, y esa serie de cosas ocurre en el museo.

Finalmente, ¿cómo lograr que el museo sea reconocido como una gran opción?

El principio es simple: dejando de ser inductivos; o sea, evitando la prédica de una verdad para proponer un campo. Podemos cambiar a algo más coherente desde el momento en que se deja de hablar con la autoridad o jerarquía del que dice: “Esta es la verdad absoluta”. Más vale decir: “De lo que yo conozco, creo que esto es lo mejor y así te lo propongo”, siempre a luz de saber que hay

más aproximaciones y dejando que la operación final quede realmente al albedrío del espectador pues, nos guste o no, éste tiene un consumo más o menos indisciplinado y aprehende lo que quiere y lo que le interesa.

¿Y la institución?

La institución se tiene que poner así misma entre paréntesis; tiene que entender sus propios vicios internos. Si el museo reconoce el contexto en el que está inmerso, que tiene que ver con su origen, con los recursos presupuestales y, más aún, con un determinado tejido socio-político y económico, evitará caer en las formas de institucionalidad que desde hace muchísimos años se vienen criticando. Creo que es muy importante hacer un análisis respecto a la entidad “institución”, que guarda un halo de sospecha, que se antoja poco inocente. ¿Bajo qué parámetros el museo se concibe como una institución? Bajo aquellos que lo ubican como una misión instrumentalizante que conduce al espectáculo y al mercado, a la idea de educación estatal, a la construcción de identidades en función de órdenes políticos, económicos, sociales, hegemónicos, etcétera. Idealmente tendríamos que pensar al museo como una institución pública de orden social. Si podemos hacerlo de tal forma, creo que estaremos efectuando un gran cambio ●